

C Columna

La ciudadanía entre la realidad del patrimonio y la utopía del barrio



José Antonio González Pizarro
 Académico de la Universidad Católica del Norte

La exposición realizada por el Instituto de Políticas Públicas, de la UCN, sobre el “Barómetro Regional de Antofagasta Ciudad y Patrimonio”, el 9 de julio, mostró dos aspectos relevantes. La constatación de la delincuencia como un problema que todavía se percibe crucial en nuestra cotidianeidad, pero bajando en su incidencia de un 56 a un 44% en lo que va desde mayo del 2024 a mayo del 2025; la prosecución del tópico inmigratorio, como algo lacerante en nuestro diario vivir, pues se ha mantenido en el mismo lapso entre el 21-23%, muy lejos de lo que marcaba el año 2023, con un 9%. Esto guarda relación con los datos que poseemos sobre la incidencia de extranjeros en actos delictuales, donde en base de la estadística de la Defensoría Penal Pública, para el caso de la comuna de Antofagasta, las cifras no son halagüeñas. Constituye la preocupación principal de los antofagastinos y de los tocopillanos, dado que los habitantes de Calama estiman que es la inmigración.

Si nos acercamos al entorno del habitante, se puede colegir que los antofagastinos, todavía justipreciamos positivamente los servicios esenciales de nuestro vivir diario, pero aguardaríamos mejores expectativas: recolección de la basura pasamos en el periodo en comentario, del 88 al 71%, la parte de los establecimientos de salud pública, apenas rozan el 50% de aprobación, CESFAM y el Hospital Regional bajaron desde un 70 al 50%. Todos los pesares que han denunciado los usuarios, nuestros diputados y los medios de comunicación pesan en su valoración. Un imponente y moderno edificio con desperfectos en su infraestructura mella la atención médica y de enfermería. Los establecimientos educacionales municipales han pasado del 55 al 41% en cuanto a su satisfacción: naturalmente, los paros, carencias de algunos

insumos, riñas estudiantiles afectan el desempeño escolar. Un desafío mayor para la ciudad en el tránsito de la educación edilicia hacia los SLEP, Servicio Local de Educación Pública, que han mostrado una implementación de dulce y agraz a nivel nacional. En el área privada, los resultados muestran una baja en su aprobación, tanto en las clínicas privadas como en el ámbito educacional, pero los guarismos refieren una satisfacción por sobre el 60%.

Preocupante es la decepción ciudadana en Antofagasta sobre el desarrollo de su ciudad. Estar satisfecho pasó del 66 al 44% en un año. Posiblemente, guarde relación con las pocas realizaciones de la gestión edilicia pasada, pero también con la situación personal, que refiere que la calidad de vida se ha desmejorado un tanto, un 5% de diferencia con lo que era hace un año.

La lectura sobre el patrimonio es contradictoria. O no alcanzó a detectar ciertos bemoles. ¿Quién conoce el Teatro Nacional?, según la encuesta un 76%. Salvo las personas sobre los 45 años, no creo que los sub 45 sepan dónde está y su importancia. Hay otras menciones que son mucho más importantes, pero fueron omitidas: los primeros monumentos nacionales en la región se verifican en la década de 1950 por Roberto Montandon, resguardando todas las iglesias precordilleranas del periodo colonial. ¿Quién en Antofagasta, de distinto grupo etario, no ha escuchado hablar de San Pedro de Atacama?, pero se silencia en la encuesta. Y este cuidado retórico patrimonial se triza cuando se pregunta, casi a renglón seguido, si antiguas áreas industriales (de carácter patrimonial), se “convierten en zonas para el desarrollo de nuevas viviendas, servicios y espacios públicos”, donde un 56% está de acuerdo. Sin embargo, en la con-

“Preocupante es la decepción ciudadana en Antofagasta sobre el desarrollo de su ciudad. Estar satisfecho pasó del 66 al 44% en un año. Posiblemente, guarde relación con las pocas realizaciones de la gestión edilicia pasada, pero también con la situación personal, que refiere que la calidad de vida se ha desmejorado un tanto, un 5% de diferencia con lo que era hace un año”.

“La falta de una mayor injerencia de las inversiones privadas en la conservación del patrimonio, para los antofagastinos obedece a falta de financiamiento y desconocimiento o desinterés ciudadano, como las principales causas”.

servación de edificios o construcciones históricas un 63% se muestra satisfecho. Acá cabe una digresión. Lo que está realizando el ministerio de Obras Públicas en el Teatro Pedro de la Barra (antigua Escuela N° 2, fundada por el presidente Balmaceda, que en el año 1932 editó su periódico Juventud y Esfuerzo), se ha orientado a remodelar, manteniendo la fachada e introduciendo aspectos funcionales para lo que está destinado en la actualidad. Y este esfuerzo estatal, no se correlaciona con la importancia que le asigna la ciudadanía al papel del Estado en la mantención del patrimonio: de un 46 al 31% en Antofagasta. La acción del Estado no está bien evaluada en este acápite: 61% lo considera regular y un 22% muy malo ¿Habrán incidido la corruptela en torno a las fundaciones y su “intencionalidad” de cuidar el patrimonio? Y esto, de darse esta conjetura, arrastró la mirada sobre la acción privada-estado, que se estima sin impacto-neutro un 47% y positivo un 30%.

La falta de una mayor injerencia de las inversiones privadas en la conservación

del patrimonio, para los antofagastinos obedece a falta de financiamiento y desconocimiento o desinterés ciudadano, como las principales causas.

Una de las críticas que los estudios de historia urbana han señalado sobre la evolución de las ciudades en los últimos 40-30 años en Chile y en América Latina ha sido la desintegración del tejido social, la segregación espacial y social, la privatización de la vida, el descuido de los espacios públicos. Esto por la corriente neoliberal, que se ha reflejado en la gentrificación, los condominios, pero también por los cambios de conductas intersubjetivas, que no viene al caso reseñar.

Pero si se pregunta, por el barrio que te gustaría vivir, nos encontramos con dos dificultades epistemológicas. Una, los barrios desaparecieron como realidad espacial. Los barrios eran los equivalentes a un trabajo de vida en una empresa o una industria, los cual hacía la permanencia por largo tiempo de sus vecinos, el conocimiento habitual, la rutina de juegos y paseos, las compras. Una

vida comunitaria aparejada con la existencia de otras instancias de sociabilidad: clubes deportivos, juntas de vecinos, etc. El barrio podía ser elástico o limitado en su extensión de cuadras, pero característico por acoger a determinadas personas de una actividad económica, etc. Decir barrio, que proviene de la experiencia histórica del diseño de las ciudades árabes en España, conlleva también a una historia de su formación y una identidad que excede su propia nomenclatura. El escritor Mario Bonat en la década de 1920, habló de los barrios de la calle Matta, de la Nueva Estación del Ferrocarril, etc. Dos, plantear una pregunta sobre cómo le agradaría que fuese su barrio, es englobar en esta semántica, un futuro, en este caso, más próximo a la utopía, que a deslizarse por un espacio distópico. Y he aquí, una añoranza, una lección de vida comunitaria que se deshizo. Un estudio del Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales de la PUC, asignaba a los campamentos una vida más plena, solidaria y comunitaria, en vez de las viviendas sociales. Otro estudio, realizado en el Bío-Bío, el pasado año, apuntaba que la satisfacción de vivir en “barrios” no guardaba tanto una vinculación con áreas verdes, sino con el sentido vecinal, hábitos, como la caminata vecinal y la integración urbana. Del primer estudio, podía inferirse que en el campamento había una elección de habitar que no se concreta en lo realizado por el Serviu. El derecho de habitar es mucho más fuerte que el propio derecho a la vivienda. Del segundo estudio, concuerda con la percepción de la Encuesta en comentario: seguridad y tranquilidad (56%), y la ponderación de los servicios básicos, buena oferta de centros de salud (21%), barrio limpio y libre de contaminación (6%), buena conectividad (6%). Curiosamente, en la región pues

no figura la comuna de Antofagasta, tienen muy baja ponderación, más lugares de uso público, parques, juegos (3%), buena oferta de servicios, como supermercados, o ser barrio diverso (puedan convivir personas con distintas características) ambos con 2%. Una suerte de transmutación del condominio al barrio. Se constata en estos dos últimos factores, la devaluación perceptiva del espacio público, refrendada con los puntajes asignados a infraestructura vial (calles, pavimentos), espacios para decisión comunitaria, los dos con 2%. Esto último se contradice con el señalar que recoja la planificación del barrio, los intereses de los vecinos (18%), transparencia en la información (38%), que conserve la identidad y patrimonio del lugar (18%). La vida individualizada gravita todavía y la desconianza-como lugar de seguridad y de encuentro- de plazas, parques- y un dato desalentador: cuando todos/as exigen más participación ciudadana, replicado en las esferas oficiales, el sujeto social mayoritario, todavía no vuelve a rescatar el espacio de convivencia y de encuentro, como es el espacio público. Fundamental para aprehender el espacio como el lugar de esparcimiento, tanto para niños como para la tercera edad.

Los elementos que rodean a la deseabilidad de constituir un barrio, con toda la paradoja indicada, llena de esperanza no solo una vida, llena de esfuerzos y privaciones, pero, también se ajusta plenamente a la Agenda 2030, que nuestro país suscribió en el año 2015. Estrategia pensada para enfrentar el cambio climático, que plantea lo necesario para una conciliación de vida social y actividad económica sustentable, empezando con lo fundamental, eliminar la pobreza y marginalidad social y tender a una buena calidad de vida. ☞